

# CULTURA Y OCIO

T. C. BOYLE. ESCRITOR

## “Entiendo que los escritores que empiezan hoy sean más cautos”

● El autor, referente vivo de la literatura norteamericana, publica en España de la mano de Impedimenta ‘Una libertad luminosa’, relato de la introducción del LSD en EEUU en los 60

**Pablo Bujalance** MÁLAGA

Atiende Thomas Coraghessan Boyle (Peekskill, Nueva York, 1948) a este periódico en un encuentro virtual desde su casa de Santa Bárbara diseñada por Frank Lloyd Wright. Profesor de Literatura en la Universidad del Sur de California, amigo en su juventud de Raymond Carver y profundo admirador de Gabriel García Márquez, despuntó en el panorama literario estadounidense en 1981 con la publicación de *Música acuática*, novela en la que narra (entre otros acontecimientos) el descubrimiento del río Níger a cargo del explorador Mungo Park a finales del siglo XVIII y a la que *The New York Times* se refirió en estos términos: “*Música acuática* es a la literatura lo que *Indiana Jones* al cine”. Desde entonces, obras como *El fin del mundo* (con la que ganó el Premio Pen / Faulkner en 1987), *El balneario de Battle Creek* (llevada al cine por Alan Parker con Anthony Hopkins como protagonista), *The Tortilla Curtain*, *Drop City*, *Las mujeres* (en la que revisa la biografía del mismo Frank Lloyd Wright), *The harder they come* y *Los Terranautas*, entre otras muchas, dotadas de una magistral técnica narrativa, un insosbornable sentido del humor y una acidez adversa a cualquier asomo de corrección política, le han situado en la primera fila de la literatura norteamericana contemporánea, junto a sus admirados Thomas Pynchon y Robert Coover. Ahora, mientras Boyle publica en EEUU su última novela, *Talk to Me*, una sátira psicológica sobre experimentos con monos en torno al lenguaje humano, la editorial Impedimenta, que ha lanzado ya buena parte de sus títulos, hace lo propio en España con su anterior entrega, *Una libertad luminosa*, aproximación a la introducción del LSD en la cultura estadounidense a manos de Timothy Leary, el hombre que se metió en la cama con John Lennon y Yoko Ono, fundó una religión y se enfrentó a Ronald Reagan en las elecciones a gobernador de California (Lennon compuso *Come together* para su campaña) con tal de que se aprobara la legalización del consumo de LSD en su país. Jon Bilbao traduce este libro para los lectores en lengua castellana.



FOTOGRAFÍAS: JAMIESON FRY

El escritor T. C. Boyle (Peekskill, Nueva York, 1948), en su casa de Santa Bárbara (California).

–El título original de *Una libertad luminosa* es *Outside looking in* [algo así como *El afuera mira adentro*]. ¿Qué opina del título de la traducción española?

–El segundo título que tenía en mente para esta novela era *The light* (*La luz*). El traductor alemán me preguntó si podía titular así la edición alemana, a lo que no puse objeción, con lo que en Alemania el libro se llama *Das Licht*. Fue a partir de aquí cuando el traductor español me propuso otro título inspirado en éste, *Una libertad luminosa*. Y también me pareció bien, desde luego. El título *Outside looking in* es una expresión difícil de traducir, puede generar equívocos, así que todas estas soluciones me parecieron correctas. Sin problema por mi parte.

–¿Desde cuándo venía rumiando lo de escribir una novela sobre Timothy Leary y su comuna?

–En 2003 publiqué *Drop city*, una novela que abordaba abiertamente el mundo hippy. Lo hice en gran medida porque yo fui un hippy, pero me apetecía volver a escribir so-

bre el proceso que me llevó a convertirme en un hippy, toda la experimentación, el descubrimiento de los elementos propios de la contracultura, todo eso. Estábamos en plena vorágine, en la vanguardia, éramos unos descerebrados dispuestos a probarlo todo, a hacerlo todo. Eso además de ser unos rojos, claro. De aquellos años extraje una lección muy clara: cuando llegas a ese extremo en que lo has probado todo, en que ya no te queda nada más que transgredir, tienes que buscarte otra cosa que hacer con tu vida. Y eso implica dar un paso atrás y desligarte. Es así. Es un proceso de supervivencia y también de autonomía, de aprender a valerte por ti mismo y dejar de ser el monaguillo de otros. La persona que me introdujo en el mundo de las drogas en el instituto tenía expectativas muy elevadas sobre lo que yo debía estudiar, pero lo que quería, sobre todo, era alguien con quien colocarse.

–En su novela presenta al lector la figura de Leary a través de otro personaje, Fitzhugh Loney, quien

narra los hechos. ¿Responde esta decisión a una posible intención de evitar controversias?

–Sí, Timothy Leary es un personaje secundario. Él es el principal responsable de los acontecimientos, pero me interesaba contar la historia a través de uno de sus monaguillos. Por lo general, me gusta narrar episodios relacionados con celebridades desde la perspectiva de personajes que no son famosos ni nada parecido, sino gente corriente. Aquí quería contar los mecanismos por los que alguien decide seguir a un líder, y ahí Leary no me servía porque él es el líder. La pregunta clave en esta novela es qué lleva a alguien anularse por completo, vaciarse, renunciar a sí mismo y a todo lo que tiene para dárselo a otra persona. Por qué alguien está dispuesto a pagar un precio tan elevado, qué cree que recibe a cambio. Es una cuestión compleja. A pesar de haber escrito esta novela, no creo haber llegado al fondo de la cuestión.

–Su descripción de la descomposición orgánica y moral de Loney

está tan cerca de la tragedia como de la comedia. Y seguramente es aquí donde *Una libertad luminosa* conecta de manera más clara con el resto de su obra.

–Sí. A ver, de entrada te diré que hoy en día me siento capaz de escribir de cualquier manera y en cualquier tono. A lo mejor me apetece escribir una historia completamente absurda y después decido escribir una tragedia. Sé que puedo hacer lo que me apetezca. Pero esto tiene que ver con la certeza de que todos esos registros se parecen mucho. Mira, en el fondo me da igual que lo que escriba parezca trágico o cómico. Lo que quiero es tocar al lector, discutir con él, llevarlo a otros sitios, da igual cómo. Sí te diré que me cuesta desprenderme de una cierta idea de absurdo, porque eso es lo que hacemos y lo que somos: absurdo.

–¿Se siente cerca de la llamada literatura del absurdo que cultivaron Beckett y Ionesco?

–Desde luego. Ten en cuenta que empecé mi carrera en los años 70, cuando el teatro que se hacía en